

\* \* \*

Es cierto, me dije: literatura mexicana vale por imitación, reflejo, derivación de las letras españolas. Y me puse a recordar los principales accidentes de nuestra existencia literaria, desde las primeras tentativas de aquellos frailes—selectos ejemplares de bondad humana—como el seráfico Gante, el admirable Motolinia, el erudito Sahagún, y el profundo Durán, pasando por los poetas latinizantes, y los eróticos, y los sagrados, del siglo XVI, que llegaron de la península a esta Nueva España, trayendo en sus oídos y en su corazón rumores de las églogas de Garcilaso, y de las odas coruscantes de Herrera, y de la unciosa lira de Fray Luis, hasta la gloriosa aparición en Madrid del inmortal jorobado Juan Ruiz de Alarcón, y el prodigio estupendo de Sor Juana Inés de la Cruz, flor divina, flor del corazón, *Yoloxóchitl*, cuyo perfume exquisito trasciende todavía, envuelto en sutilezas culteranas, a cármenes paradisiacos. Y recordé también el arraigo lujurioso que en esta tierra extendió como prolífica maleza, la extravagancia que en el siglo XVII fué genial en Góngora y Quevedo y quebradiza y vacua, aunque ingeniosa y brillante, en Baltasar Gracián. Recordé la épica y la lírica coloniales, y ví cómo seguíamos los contornos y sinuosidades de las figuras retóricas, de los dibujos literarios, sobre el papel de calca de la imitación. Y ratifiqué: nuestra literatura es trasplantada, es genuina y netamente española, y en este terruño, mal que bien, echa frutos menos sápidos y fragantes y de gusto menos delicado que los que nos suelen venir de nuestra metrópoli verbal.

\* \* \*

Sin embargo, a esta idea de la trasplantación, asocié—era preciso—la de modificación, la de alteración circunstancial, la de transformación, la de variación del tipo primordial, la de labor incesante de la naturaleza, que descompone en familias diversas los organismos, según las influencias del medio en que se desarrollan, sin hacerles perder los caracteres fundamentales de la especie.

Y entonces amplí mi observación y la dirigí hacia distintos horizontes. Como Uds. habrán podido conocer, no soy un hombre de ciencia, ni quiero disfrazar mis ignorancias con la pesada vestimenta del tecnicismo filosófico y científico. Mas la cultura superficial que poseo me ha permitido tener noticia de que la mezcla de estas dos razas, la aborígen y la conquistadora, que ha constituido el tipo del mexicano, del *mestizo*, (llamémosle con el nombre evocador,) ha producido alteraciones psicológicas que los sabios estudian ahora en el fondo de sus gabinetes. Medidas antropológicas, cálculos

comparativos, investigaciones minuciosas, patentizan, según se dice, que la estructura corporal del mexicano, difiere del tipo español tanto como del americano. Fisiológicamente no somos ya ni éste ni aquél; somos otros, somos nosotros, somos un tipo étnico diferenciado, que no obstante, participa de ambas razas progenitoras. Y una y otra luchan por coexistir, por sobrevivir en nuestro organismo.

Pues bien:—me interrogué—¿por qué lo que acontece en el mundo fisiológico no ha de haber acontecido en el psicológico? Indudablemente que sí. Esa misma mezcla, ese mismo combate, esa misma coexistencia se verifican en las regiones del espíritu y han acabado por producir un tipo psíquico, bien determinado y diferenciado, y paralelo al nuevo tipo fisiológico del mexicano.

Entonces ví a mi alrededor. Ya tentamente me puse a hacer un somero análisis del ambiente nacional. Sacando mi reflexión de la literatura, la dirigí hacia otras ideas correlativas a la que servía de objeto a mis investigaciones: pensé en la arquitectura y en la música. Y pensé en ellas, porque, siendo individuales, interpretan menos los sentimientos personales que los colectivos o sociales. Nada retrata mejor a un pueblo, si atentamente se considera, que sus edificios y su música. La arquitectura—dice un esteta moderno—es una música de líneas; la música es una arquitectura de sonidos. Están destinadas a la colectividad, y muchas veces son anónimas, y con frecuencia son resultado de obscuras colaboraciones. En ellas reside, como en ningunas otras de las bellas artes, el alma de un pueblo.

Si es así, recordemos nuestras viejas casas coloniales, nuestras viejas iglesias, nuestras viejas fuentes, y las encontraremos con su sello peculiar, con su aspecto característico, con sus rasgos distintivos, con sus elementos propios que hacen variable el conjunto y le dan una tonalidad que no es española ya, sino mexicana, para decirlo de una vez. Los materiales, el azulejo y el *tezontle*, combinados o aislados, contribuyen a peculiarizar las construcciones. Y en seguida el pormenor, la alteración caprichosa de los estilos, el labrado por el cual se desliza alguna greca precortesiana, la exuberante floración, la hojarasca de piedra de Churriguera, retocada aquí y allá por un deseo más vivo de ornamentación excesiva, tal cual *mativo* que recuerda vagamente el encaje de los *teocalli*, todo viene a peculiarizar la arquitectura de los tiempos devotos y fastuosos, durante los cuales se fué formando el espíritu nacional, ese que, difundiendo y multiplicándose, ha de uniformar a este país tan interesante y tan desventurado, que está en peligro de perecer si nó se logra al fin este magno propósito.

¿Y la música? Cuando oímos una canción lánguida, sensual y llorosa, una danza que dulcifica la voluptuosidad con una enfermiza ternura, una melodía simple y apasionada, que prolonga en gemebundos calderones, sus quejas triviales y penetrantes, ¿no decimos: esta música es mexicana? La guitarra andaluza no es rasgueada aquí para acompañar cantos muelles de pereza oriental, ni suspiros de amor gitano; aquí todo ello se transformó en la ardiente danza costeña, hecha con hervores de sangre africana, en la erótica y triste canción del *Bajío*, hecha con besos y lágrimas; en las *Mañanitas* frescas y alegres como una aurora, en el *Jarabe Tapatio*, retozón, epigramático y picaresco, como un galanteo ranchero. Esta es otra revelación que nos distingue y nos desata los lazos hereditarios de España; el mexicanismo musical es completo. Canta, dentro de él, la sensibilidad popular.

\* \* \*

Y si la arquitectura y la música revelan una clara diferenciación ¿por qué—volví a preguntarme—la poesía no abandona el regazo maternal y sigue en su primitiva servidumbre de imitadora de la Musa peninsular? Lo que sucede en la Plástica y en la Eurytmia ¿por qué no ha de suceder en la Lírica y, en general, en la Literatura?

Con efecto: si observamos con curiosidad nuestros fenómenos literarios, hallaremos que sí se ha verificado la misma diferenciación, sujeta, naturalmente, dentro de la forma impuesta por la lengua.—El vino no cambia los contornos del vaso.

Y como si las trajéramos de la mano, acuden a nuestra memoria, las alteraciones fonéticas que hemos verificado en el idioma. ¿No pronunciamos como nos enseñaron, o nos enseñaron mal a pronunciar? Hechas las investigaciones correspondientes resulta que la cuestión está resuelta de la primera manera: no pronunciamos como nos enseñaron; es decir, los grupos autóctonos que recibieron las primeras enseñanzas de la lengua, no alcanzando a pronunciarla bien, extendieron y propagaron las alteraciones fonéticas. El caso, sin embargo, es interesantísimo. Todos los pueblos de América fueron rehacios a la pronunciación castellana de la *C*, de la *Ll*, y de la *Z*. Y de tal manera se substrajeron a esta pronunciación, que, después de algunas centurias, ni la pedagogía, empeñada en hacerlo, ha logrado restaurarla.

A este respecto las flamantes teorías lingüísticas, nos dicen que no es cierto que las modificaciones de pronunciación se deban a la fantasía o al defecto individual, sino que la inconsciencia de los fe-

nómenos basta para demostrarnos, que una fuerza misteriosa, ignorada de los que hablan, dirige todas estas evoluciones. Que no son efecto del acaso, los cambios fonéticos que se producen, en una misma época, independiente e inconscientemente, entre millones de individuos. Que la causa de éstos es de naturaleza fisiológica, (el desplazamiento de los sentidos musculares, la llaman los alemanes) y consiste en la adaptación continua de las articulaciones vocales a las necesidades orgánicas.

Pero no sólo hemos alterado la pronunciación de la lengua, sino también el modo de cantarla, el aire, que de enfático y sacudido que es en boca del peninsular, es suave y dulzón y como apocado en nuestros labios. El español, alterado fonéticamente en las distintas regiones de España, sufre nuevas alteraciones de igual género entre nosotros; alteraciones mexicanas.

Las costumbres y los usos de la vida ordinaria nos han impulsado a moficiar asimismo el vocabulario, introduciendo en él, castellanizadas la mayor parte de las veces, nombres de utensilios, de lugares, de cosas, de frutos, de muebles, y enriqueciendo, en cierta manera, el léxico, con palabras que entran al acervo común y a las cuales abre, poco a poco, sus herméticas columnas, el Diccionario de la Academia.

\* \* \*

La fonética alterada; el vocabulario enriquecido ¿y la poesía esclava? ¿Y la Literatura, inalterablemente imitadora y servil? Aquí tienen ustedes cómo no pude conformarme con la absoluta verdad, con el tópico gastado, de que nuestra literatura, no ha hecho otra cosa que seguir, a ciegas, como un niño asido a las faldas de la madre, el camino de la Literatura Española.

No puede ser, y no es, efectivamente.

Hagan ustedes memoria de algunas de nuestras obras poéticas más celebradas. Les notarán un especial sabor, un color y un calor, que difieren de los puramente españoles. Rememoren nuestra historia literaria. El Siglo XVI con su ir y venir de cultura ibérica, con su flujo y reflujo de ambición y de piedad, se llena, con el trabajo de trasplatación de los elementos de la civilización europea. Teólogos, humanistas, políticos, educadores, emprenden la tarea de aclimatar en nuestro medio, la vida de ultramar. El verso, cargado de retórica, y la prosa, universitaria y altisonante, salían de los colegios, de las aulas, de los claustros, o bien, corrían a la imprenta, establecida aceleradamente, difundiendo la doctrina cristiana, historiando las curiosidades de la tierra recién conquistada, estudiando las costumbres y los idiomas de los pueblos sometidos, o vistiendo el jubón heráldico de la adulación, para pedir amparo y ayuda de los po-

derosos. Las producciones que han recogido los eruditos—de *Cristóbal Cabrera* o de *Cervantes Salazar* o de *Pedro Morales*,—hechas con motivo de fiestas religiosas o cortesanas, tienen la marca española, como que no son otra cosa que viejos cantos castellanos, en un mundo nuevo. Los poetas de allende el atlántico llegaban con su carga de sueños y su bagaje de ilusiones: así vino *Gutierre de Cetina*, el orfebre de esa joya quinientista: el madrigal a unos ojos claros y serenos; así vino *Eugenio de Salazar*, el autor de la Epístola al insigne Hernando de Herrera; así vino don Bernardo de Valbuena, niño aún, y en él comienza a influir tanto el ambiente *que de su poeta, dice Quintana, que es semejante "al país inmenso que lo acogió, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, y los tesoros con la escasez."*

Mas ya en el siglo XVII, no sólo es el autor del *Bernardo*, el influido por nuestra vida americana, son todos o casi todos los que se dedican o aficionan a la carrera de las letras, y entre los cuales descolló con esplendores deslumbrantes, la *Décima Musa*. La algarabía gongorina llena nuestro siglo XVIII; pero al principiar el XIX la forma neo-clásica se apodera de las liras, y Fray Manuel Navarrete prorrumpie en anacreónticos melificados con almíbares de nuestros huertos. Y nos llega el romanticismo, doliente, escéptico y lacrimoso, empapado en el llanto amargo de Espronceda; y Campoamor y Becquer y Núñez de Arce, nos conducen por los vericuetos de la lírica, y sin embargo, a cada paso, a cada accidente, vamos señalando una diferenciación poseída cada vez más, no diversa de la inicial, pero sí más honda y segura. Es que se robustece el dominio de nuestra individualidad literaria; es que venimos buscando y encontrando la expresión característica en nuestra literatura; es que desde hace trescientos años estamos elaborando las formas adaptables a nuestro espíritu colectivo y personal; es, en fin, que en la lengua que hicimos nuestra, como era preciso y natural, seguimos paralelamente las alteraciones fisiológicas y psicológicas de nuestro organismo.

Y el temperamento que es la resultante de estas alteraciones, se impone a la palabra y a la plasma a su guisa, de acuerdo con sus necesidades. Mucho ha dejado en nosotros el alma española, casi todo lo ha dejado; pero por debajo de esta herencia, palpita, con energía avasalladora, un sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco, se juntan dentro de nuestros corazones, la tristeza del indio, la fiereza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la descoyuntada dulzura del aborigene. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar, y para soñar, y para cantar.

Y estos son los elementos, los materiales, con que componemos

nuestras obras literarias. Nótenlo Uds. Si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que sin saberlo y sin quererlo hemos puesto de indígena en nuestro verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música: la melancolía. Mirando los campos de la mesa central, de un gris dorado y salpicado por los verdes florones de púas del agave; y las matas, de apretados discos de obsidiana, de las nopaleras; mirando nuestras largas llanuras inflamadas por el crepúsculo de la tarde, y nuestras montañas borrando su azul pálido en el horizonte, sentimos que en nuestro pecho se remueven obscuras añoranzas y vagas inquietudes, y nos sentimos impregnados, de la hierática melancolía de nuestros padres, los *colhuas*. Una resurrección sentimental se apodera de nuestro carácter de novohispanos.

Y por eso nos inclinamos incesantemente a melancolizar nuestras emociones. A todo le echamos y le ponemos un tinte de melancolía; y no sólo en las cuerdas líricas, sino hasta en nuestros arranques épicos, hasta en nuestra gracia risueña, hasta en nuestro fugitivo humorismo, solemos poner una arena de esta melancolía. Perfumamos regocijos y penas con un grano de copal del sahumero tolteca. ¡Qué profundamente sintió todo esto la atormentada Sor Juana, cuando escribió esta redondilla, que es un talismán de misterio:

Siento una gran agonía  
por lograr un devaneo  
que empieza como deseo  
y para en melancolía.

\* \* \*

Y torné a meditar, no ya en los fenómenos psíquicos de la raza, sino en los fenómenos sociológicos de la historia. Y estos me confirmaron que también habían servido como los otros para ayudar a la caracterización de nuestras expresiones literarias.

Aquí vuelve a hacerse necesario recordar. Desde el fenómeno de la Conquista, al del Virreynato, al de la Reforma, los movimientos sociales, conmoviendo los espíritus, han influido sobre las ideas y han alterado, por lo tanto, las formas literarias.

Ardua tarea será, sin duda, la de estudiar estas alteraciones, siguiendo el cauce de nuestra vida social y observando cómo, por efecto de un lento desarrollo étnico, va delineándose, distinta y característica, influida a la vez, por la fatalidad psicológica, por la fatalidad psíquica y por la fatalidad histórica, nuestra variedad expresiva dentro de la unidad inmovible de la raza. Es esta una de las fases, de gran trascendencia para lo futuro, del hispano americanismo, del destino de estos pueblos vinculados, por herencia, a un

radiante pretérito y, por tanto, destinados a un papel de primera importancia en los sucesos por venir.

Y si en conjunto, abarcando totalidades, se ve claramente que existe de por sí, una literatura mexicana, a la cual, ni cognaciones ni orígenes impiden poner una fisonomía propia, no demasiado marcada todavía, pero que acusa ya peculiares rasgos, en la observación pormenorizada, en el análisis particular, en la crítica de los diferentes tipos literarios, de los arquetipos representativos de nuestras épocas evolutivas, se confirma mejor tal vez esta *diferenciación* y se comprueba la tendencia a individualizarnos, por el natural esfuerzo biológico, que hacen todos los organismos en el momento de su desarrollo.

¿Qué diferencias substanciales hay entre el panalizado clasicismo de Meléndez Valdés y el indudablemente más empapado en miel de su imitador Navarrete? ¿Qué tesoro de ternura criolla puso Sor Juana en las sutilezas y extravagancias de su culteranismo? ¿Con qué divina sonrisa de mujer mexicana iluminó y ennobleció la pintarrajeada máscara gongorina?

¿Cuál es el valor positivo, dentro de los límites estéticos, de la aparición del *folk-lor* nacional con Fernández de Lizardi, Juan Bautista Morales, Guillermo Prieto y Angel de Campo? ¿Qué significa desde el punto de vista literario, el inspirado regionalismo de a *Musa callejera*? ¿Qué cantidad y emotividad de alma indígena pusieron en su amor a los clásicos Ramírez y Altamirano? ¿Cómo pasó Hugo por la alquitara de oro y cristal del corazón de Justo Sierra? ¿Hasta dónde Acuña abandonó a Campoamor y siguió solo su camino? ¿Qué puso Gutiérrez Nájera de vernáculo, al vaciar su espíritu en los moldes franceses?

Todos ellos son minuciosos problemas que es necesario plantear con precisión y resolver con cuidado, pues todos ellos muestran la propensión a formar nuestra personalidad literaria, a distinguirnos entre las unidades continentales, ramas floridas, que nutre con su robusto jugo, el tronco hispánico.

Yo quisiera entrar por este encantado laberinto de la crítica de nuestros versificadores y prosadores. Este jardín de poesía mexicana trasciende a flores nuevas, y podría yo espigar alguna linda rosa que le perfumara a Uds. la fantasía. Los sueños no sólo sueños son, como dijo escépticamente el gran dramaturgo; son muchas veces, balsámico consuelo de las tristezas y necesario olvido de las realidades.

Pero me parece que ya los he fatigado bastante, sin decirles cosa de provecho. La abuela nota que los niños están cansados de la monotonía del cuento, y discretamente se retira. Si volviere alguna otra noche, seguiría narrando las aventuras y desventuras de esta *Bella Durmiente* que se llama literatura mexicana.